

efecto colocada casi en medio del vientre, lo que haria creer, como dice Mr. de Buffon, que los machos no podian cubrirla al modo que los otros cuadrúpedos. Sin embargo, no hay mas que una ligera diferencia de situacion: yo mismo he visto que, cuando quieren juntarse, la hembra inclina la cabeza y el cuello y apoya los dos brazos, y los cuartos delanteros igualmente inclinados sobre la raiz de un árbol, como si se postrase por tierra, quedando levantados los pies traseros, y las ancas, lo que dá al macho la facilidad de cubrirla del mismo modo que los demás cuadrúpedos. Tambien puedo asegurar que las hembras están preñadas nueve meses ó cerca de ellos. Por lo demás, es cierto que los elefantes no se toman cuando no están libres. Se encadena fuertemente á los machos, cuando están en calor, por cuatro ó cinco semanas: entonces se vé por intervalos salir de sus partes naturales una grande abundancia de esperma; y se ponen tan furiosos durante estas cuatro ó cinco semanas, que sus *cornacas* ó conductores no pueden acercarse á ellos sin peligro. Cuando van á entrar en calor, tienen una señal infalible, y es que algunos dias antes se les vé correr un licor oleoginoso que les sale de un agujerito, que tienen á cada lado de la cabeza. A veces sucede que la hembra, la cual tienen guardada en el establo durante este tiempo, se escapa y vá á buscar en los bosques á los elefantes salvages; pero algunos dias despues, su *cornaca* vá á buscarla, y la llama por su nombre tan repetidas veces, que al fin viene, se somete con docilidad, y se deja conducir y encerrar; y en estos casos es cuando se ha visto, que pare su hijo al cabo de nueve meses poco mas ó menos.»

Me parece que no se puede dudar de la primera observacion sobre el modo de tomarse los elefantes, pues el señor Marcelo Bles asegura haberlo visto; pero creo que se debe suspender el juicio sobre la segun-

da observacion tocante á la duracion del preñado, que dice no es mas que de nueve meses, siendo así que todos los viageros aseguran pasar por constante, que la hembra del elefante está preñada dos años.

Mr. Marcelo Bles, en órden al modo de cohabitar los elefantes, habiéndome escrito una carta con fecha de 25 de enero de 1776, en la cual me informa de algunos hechos, he creído deber referirlos aquí.

«Los holandeses de Ceylan, dice Mr. Bles, tienen siempre cierto número de elefantes de reserva, esperando la llegada de los mercaderes del continente de la India, que van allí á comprar estos animales, para revenderlos despues á los principes indianos. A veces se encuentran algunos de mala disposicion, los cuales no pueden vender dichos mercaderes: los dueños se suelen quedar mucho tiempo con estos elefantes defectuosos y desechados, y se sirven de ellos para la caza de los elefantes salvages, y á veces sucede, sea por descuido de los guardas, ó por otro motivo, que la hembra, cuando está en calor, desata ó rompe las cuerdas con que siempre está atada de los pies: entonces se huye á las selvas, busca allí los elefantes salvages, se toma con ellos, y vuelve preñada. Los *cornacas* van á buscarla por las selvas, llamándola por su nombre, y vuelve entonces sin violencia, y se deja conducir tranquilamente á su establo. De este modo, habiéndose reconocido que algunas hembras han parido nueve meses despues de su fuga, se tiene por mas que probable que el preñado no las dura mas que nueve meses. La altura de un elefante recién nacido no escede de tres pies del Rhin: crece hasta la edad de diez y seis á veinte años; y puede vivir 70, 80 y aun 100 años.»

El mismo señor Bles dice, que nunca ha visto, en el espacio de once años, que ha vivido en Ceylan, que la hembra haya parido mas de un hijo de una vez. En

las grandes cacerías que se hacen todos los años en aquella isla, á las cuales ha asistido varias veces, ha visto frecuentemente coger de 40 á 50, entre los cuales algunos elefantes muy jóvenes; y dice que no se podía reconocer cual era la madre de cada uno de estos elefantes pequeños; porque todos ellos parecia que formaban una masa comun, pues mamaban indistintamente de las hembras que tenian leche, ya fuesen ó no sus madres propias.

El señor Marcelo Bles vió cazar los elefantes de tres modos diversos. Estos animales caminan en tropas separadas, á veces á una legua de distancia una de otra. El primer medio de cogerlos es rodearlos con una tropa de cuatrocientos á quinientos hombres, que estrechando sucesivamente á estos animales, espantándolos con gritos, petardos, tambores y hachones encendidos, los obligan á entrar en una especie de parque, rodeado de fuertes empalizadas, cuya entrada cierran despues para que no puedan salir.

El segundo modo de cazarlos no requiere tanto aparato: basta cierto número de hombres diestros y ágiles en la carrera, que van á buscarlos á los bosques: estos cazadores no acometen sino á las tropas mas pequeñas de elefantes, las cuales hostigan é inquietan hasta que las hacen huir. Siguen entonces fácilmente á los elefantes corriendo, y les echan uno ó dos lazos de cordeles muy fuertes á las piernas traseras, llevando siempre asidos los extremos de estos cordeles, hasta que hallan la proporción de atarlos al rededor de un árbol, y cuando logran detener así un elefante salvaje en su carrera traen inmediatamente dos de los domesticados, á los cuales atan el salvaje, y si se resiste, mandan á los dos elefantes mansos que le castiguen con sus trompas, y estos lo ejecutan hasta que le dejan como aturdido, y en fin le llevan al lugar de su destino.

El tercer modo de coger los elefantes es llevar algunas hembras domesticadas á los bosques, las cuales nunca dejan de atraer algunos elefantes salvajes, y separarlos de su tropa: entonces una parte de los cazadores acomete al resto de esta tropa, para ponerla en huida, al mismo tiempo que los otros cazadores se hacen dueños de este elefante salvaje, al cual aislado atan á dos hembras, y así le llevan hasta el establo ó parque donde le quieren guardar.

Los elefantes, en el estado de libertad, viven en una especie de sociedad durable: cada manada permanece separada, y no tiene ningun comercio con otras manadas; y aun parece que evitan con cuidado el encontrarse.

Cuando una de estas manadas se pone en marcha para viajar ó mudar de domicilio, los machos que tienen los colmillos mas gruesos y mas largos, marchan al frente, y si encuentran en su camino un rio algo profundo, son ellos los primeros que pasan á nado, y parece que reconocen el terreno de la ribera opuesta: entonces hacen señal con un sonido de su trompa, con el cual, advertida la tropa entra al instante en el rio, y nadando en fila, los elefantes adultos trasportan sus hijuelos, pasándolos, para decirlo así, de mano en mano, y todos los otros les siguen y pasan á la ribera, en que los primeros los esperan.

Otra singularidad notable es, que aunque siempre viven en sociedad, sin embargo se hallan á veces algunos elefantes separados que viven solos y apartados de los demás, y que nunca son admitidos en ninguna compañía, como si estuviesen desterrados de toda sociedad. Estos elefantes solitarios ó reprobados son muy perversos: acometen frecuentemente á los hombres y los matan; y siendo así que al menor movimiento y á la vista del hombre (con tal que no se haga con demasiada precipitación) una manada entera de

elefantes huye, estos elefantes solitarios no solamente los esperan á pie firme, sino que tambien los acometen con furor; de suerte, que se ven precisados á matarlos á fusilazos. Nunca se ha encontrado dos de estos elefantes juntos: viven solos: son todos machos: y se ignora si buscan las hembras, porque no se les ha visto seguir las, ni acompañar las.

Otra observacion bastante notable es, que en todas las cacerías á que asistió el señor Bles, y entre millares de elefantes que dice haber visto en la isla de Ceylan, apenas observó en cada diez uno que estuviese armado de grandes y gruesos colmillos, pues aunque estos elefantes tienen tanta fuerza y vigor como los otros, sus colmillos son pequeños, delgados y obtusos, y nunca pasan de un pie poco mas ó menos de largo, y no se puede conocer, dice, antes de la edad de 12 á 14 años, si sus colmillos serán grandes ó si se quedarán en estas pequeñas dimensiones.

El mismo Mr. Bles me ha escrito últimamente que un sugeto muy instruido establecido mucho tiempo ha en lo interior de la isla de Ceylan, le habia asegurado haber en aquella isla una raza pequeña de elefantes, que nunca llegan á ser mayores que un elefante becerro, y que lo mismo le habian asegurado otras muchas personas fidedignas: es verdad, añade, que no se ven con frecuencia estos elefantes pequeños, cuya especie ó raza es mucho mas rara que la de los otros: la longitud de su trompa es proporcionada á su pequeña estatura: tienen mas pelo que los otros elefantes: son tambien mas salvages; y al menor ruido huyen á la espesura de los bosques.

El sonido de su voz es tambien muy singular: si se cree á los antiguos, se divide, para decirlo así, en dos modos muy diferentes y muy desiguales: el sonido pasa por la nariz, como tambien por la boca, y recibe varias inflexiones en esta larga trompeta:

es ronco y seguido, como el de un instrumento de bronce, al mismo tiempo que la voz que pasa por la boca es interrumpida con pausas cortas y suspiros ásperos. Este hecho afirmado por Aristóteles, y después repetido por los naturalistas y aun por los viajeros, es verosimilmente falso, ó á lo menos no es exacto. Mr. de Bussy asegura positivamente que el elefante no arroja ningun grito por la trompa: sin embargo, como cerrando exactamente la boca, el hombre mismo puede despedir algun sonido por la nariz, puede ser que el elefante, cuya nariz es tan grande, arroje algun sonido por esta via, cuando su boca está cerrada. Como quiera que sea, el grito del elefante se oye de mas de una legua, y sin embargo, no es espantoso como el rugido del tigre ó del leon.

El elefante es tambien singular en la conformacion de los pies, y en la testura de la piel: no está cubierto de pelo, como los otros cuadrúpedos: su piel está enteramente rasa, solamente le salen algunas cerdas en las grietas, y estas cerdas están esparcidas por el cuerpo, pero son bastante numerosas en las pestañas, detrás de la cabeza, en los agujeros de las orejas, y en lo interior de los muslos y de las piernas. La epidermis, dura y callosa, tiene dos especies de arrugas, unas hondas y otras en relieve: parece sembrado de grietas, y se semeja mucho á la corteza de una encina antigua. En el hombre y en los animales está por todas partes asida á la piel: en el elefante solamente está unida por algunos puntos, como dos telas acolchadas. Esta epidermis es naturalmente seca y muy espuesta á engruesar; adquiere frecuentemente tres ó cuatro lineas de grueso, á causa de la desecacion sucesiva de las diferentes capas, que se reproducen unas sobre otras. Esta densidad de la epidermis es lo que produce la *elephantiasis* ó lepra seca, á la cual está espuesto el hombre, cuya

piel es desnuda de pelo, como la del elefante. Esta enfermedad es muy ordinaria en el elefante, y para evitarla, los indios acostumbran frotarle frecuentemente con aceite, y conservarle la blandura de la piel con baños frecuentes: esta es muy sensible en todas las partes en que no tiene callo, en las arrugas, y en los otros parages en que no está desecada ni endurecida: la picadura de las moscas es tan sensible para el elefante, que emplea no solamente sus movimientos naturales, sino tambien los recursos de su inteligencia para librarse de ellas: se sirve de su cola, de sus orejas y de su trompa para espantarlas: encoge su piel en todas las partes en que puede arrugarla, y las mata entre las arrugas: coge ramos de árboles y manojos de paja larga para espantarlas; y cuando le falta todo esto, recoge polvo con su trompa, y cubre con él todos los parages sensibles: se le ha visto polvorearse así varias veces al dia, y hacerlo á propósito, esto es, al salir del baño (1). El uso del agua es casi tan necesario á estos animales, como el del aire y de la tierra: cuando están libres, rara vez salen de las riberas de los rios, se meten frecuentemente en el agua hasta el vientre, y en ella pasan algunas horas todos los dias. En las Indias, donde se ha aprendido á tratarlos del modo mas conveniente á su naturaleza y temperamento, los lavan con esmero, y se les dá el tiempo necesario, y todas las facilidades posibles para que se laven á sí mis-

(1) Nos dijeron que el elefante de Versailles se revolcaba siempre en el polvo, cuando se habia bañado, lo cual hacia lo mas frecuente que podia, y observamos que se echaba polvo en los parages en que no se le habia pegado cuando se revolcaba, y que acostumbraba espantar las moscas, ó con un manajo de paja que cogia con su trompa, ó con polvo que arrojaba diestramente sobre los parages en que se sentia picar, no habiendo cosa de que mas huyan las moscas que del polvo al caer.

mos (1), les limpian la piel, frotándola con piedra pomez, y despues le echan aguas de olor y aceite, y los pintan.

La conformacion de los pies y de las piernas es tambien singular, y diferente en el elefante que la mayor parte de los otros animales: las piernas delanteras parece que son mas altas que las de atrás, y sin embargo, estas son algo mas largas: ellas no están dobladas en dos parages, como las piernas de atrás del caballo ó del buey, en las cuales el muslo está casi enteramente metido en las ancas, la rodilla muy cerca del vientre, y los huesos del pie tan elevados y tan largos que parece forman una gran parte de la pierna: en el elefante por el contrario, esta parte es muy pequeña, y se sienta en tierra: tiene la rodilla como el hombre, en medio de la pierna, y no junto al vientre: este pie tan corto y pequeño, está dividido en cinco dedos, todos los cuales están cubiertos con la piel, y ninguno se descubre en lo exterior. Solamente se ve una especie de uñas pero á

(1) A las ocho ó las nueve de la mañana fuimos á la ribera del rio á ver como lavan los elefantes del rey y de los grandes señores: el elefante entra en el agua hasta el vientre, y echándose sobre un lado coge en varias veces agua con su trompa, y la echa sobre el lado que está al aire, para lavarle bien: el cornaca viene despues con una especie de piedra pomez, y frotando la piel del elefante, la limpia de toda la suciedad que se le pueda haber pegado. Algunos creen, que cuando este animal está tendido en tierra no puede levantarse por sí mismo, lo cual es muy contrario á lo que yo he visto, porque cuando su cornaca le ha frotado bien por un lado, le manda que se vuelva del otro, lo cual el elefante hace prontamente, y despues que se ha lavado bien por ambos lados, sale del rio, y está por algun tiempo de pie sobre la ribera para secarse: despues viene el cornaca con una vasija llena de color rojo ó amarillo, y le hace con él rayas en la frente, al reñedor de los ojos sobre el pecho y las ancas; frotándole despues con el aceite de coco para fortificarle los nervios.

veces no se hallan mas que cuatro, y aun tres, y en este caso no corresponden exactamente á la estremidad de los dedos. Por lo demas, esta variedad que no se ha observado sino en los elefantes pequeños trasportados á Europa, parece ser puramente accidental, y depende verosimilmente del modo con que el elefante ha sido tratado en los primeros años de su incremento: la planta del pie está cubierta de una suela de cuero, duro como el cuerno, y que sobresale por todo el rededor; y de esta misma sustancia están formadas las uñas.

Las orejas del elefante son muy largas: se sirve de ellas como de un abanico, y las mueve y las sacude como le agrada: su cola no es mas larga que la oreja, y ordinariamente no tiene mas de dos pies y medio, ó tres de longitud: es bastante delgada, puntiaguda, y está guarnecida en la estremidad de un hopo de pelos gruesos, ó mas bien de cerdas de cuerno negras, brillantes y sólidas: este pelo ó este cuerno es del grueso y fuerza de un hilo de alambre gordo, y un hombre no puede romperle tirando con las manos, aunque es elástico y flexible. Finalmente este hopo de pelo es un adorno muy apetecido de las negras, que probablemente le atribuyen alguna supersticion (1), una cola de elefante se vende por dos ó tres esclavos; y los negros arriesgan muchas veces la vida por cortársela al elefante, cuando está vivo. Además de este hopo de pelos gruesos que tiene á la

(1) Merulla observa que un gran número de gentiles de estos paises, sobre todo los jagas, tienen una especie de devocion á la cola del elefante. Si la muerte les arrebatara alguno de sus gefes, conservan en su honor una de estas colas, á la cual dan cierto culto, fundado en la opinion que tienen de su fuerza. Emprenden caerías de intento para cortarlas, pero deben cortarse de un solo golpe; el animal debe estar vivo; sin lo cual la supersticion no le atribuiria ninguna virtud.

estremidad, está la cola cubierta, ó por mejor decir, sembrada en toda su longitud de cerdas duras y mas gruesas que las del jabali: se hallan tambien de estas cerdas sobre la convexa de la trompa, y en las pestañas, donde á veces tienen mas de un pie de largo: estas cerdas ó pelos en las dos pestañas no se hallan sino en el hombre, en el mono, y en el elefante.

El clima, el alimento, la libertad y la esclavitud influyen mucho en el incremento y corpulencia del elefante: en general, los que son cogidos en su juventud, y que en esta edad son reducidos á cautiverio, no llegan nunca á las dimensiones enteras de la naturaleza: los mayores elefantes de la India y de las costas orientales de Africa tienen diez y seis pies de altura: los mas pequeños que se hallan en el Senegal, y en las otras partes del Africa occidental, no tienen mas que once ó doce pies, y ninguno de los que han sido traídos jóvenes á Europa ha llegado á esta altura. El de la casa de las fieras de Versailles que venia de Congo, no tenia mas que ocho pies y medio de altura á la edad de 17 años, y en 13 años que vivió no creció mas que un pie; de suerte que á la edad de cuatro años que le vieron, no tenia mas que siete pies y medio de alto; y como el incremento va siempre en disminucion, no se puede suponer que si hubiera llegado á la edad de 30 años, que es el término ordinario de tal aumento, hubiese adquirido mas de ocho pies y medio de altura. De suerte que la condicion ó el estado de domesticidad reduce á lo menos un tercio el incremento del animal, no solamente en altura, sino en todas sus dimensiones. La longitud de su cuerpo, medida desde el ojo hasta el nacimiento de la cola, es casi igual á su altura tomada al nivel de la cruz: un elefante de la India de 16 pies de altura, es pues, siete veces mas corpulento y pesado que el elefante de Versailles. Comparando el incremento de este

animal con el del hombre, hallaremos que teniendo el niño comunmente 31 pulgadas, esto es, la mitad de su altura á los dos años, y adquiriendo su aumento total á los 20 años, el elefante que no le tiene sino á los 30, debe tener la mitad de su altura á los tres años, y del mismo modo, si se quiere juzgar de lo enorme de la mole del elefante, se hallará que suponiendo el volumen del cuerpo de un hombre de dos pies y medio cúbicos, el del cuerpo del elefante de 46 pies de longitud, no suponiéndole mas que tres pies y medio de grueso, y de mediana anchura, seria cincuenta veces tan corpulento como un hombre y que por consiguiente, un elefante debe pesar tanto como 50 hombres. «Yo he visto, dice el P. Vicente María, algunos elefantes que tenían 14 ó 15 pies de altura con la longitud y anchura proporcionadas. El macho es siempre mayor que la hembra. El precio de estos animales se aumenta á proporcion de la magnitud, que se mide desde el ojo hasta la estremidad de los lomos; y cuando esta dimension llega á cierto término el precio se aumenta como el de las piedras preciosas. Los elefantes de Guinea, dice Bosman, tienen diez, doce ó trece pies de alto: son incomparablemente mas pequeños que los de las Indias Orientales, pues los que han escrito la historia de aquellos países dan á estos mas codos de altura que piestienen aquellos. Yo he visto elefantes de quince pies de alto, dice Eduardo Terri, y he hallado muchas personas que me han dicho haberlos visto de quince pies de altura. De estos testimonios y de otros muchos que se podrian aun recoger, se debe concluir que la talla mas ordinaria de los elefantes es de 11 á 12 pies: que los de 15 y 16 pies son muy raros; y que los mas pequeños tienen por lo menos 10 pies y medio, cuando han adquirido todo su incremento, en el estado de libertad. Estas moles enormes de materia nodejan por eso

de moverse con mucha velocidad, como ya hemos dicho: están sostenidas por cuatro miembros, que mas bien que piernas, parecen unos pilares ó columnas macizas de 18 ó 24 pulgadas de diámetro, y de 6 ó 7 pies de altura: estas piernas, pues, son una ó dos veces mas largas que las del hombre; y así aun cuando el elefante no anduviera mas que un paso, mientras que el hombre da dos, le escederia en la carrera. Por lo demas, el paso ordinario del elefante no es mas ligero que el del caballo, pero cuando le estimulan toma una especie de trote, que en la velocidad equivale al galope. El elefante, pues, ejecuta con prontitud y aun con bastante libertad, todos los movimientos directos; pero carece absolutamente de facilidad para los movimientos oblicuos ó retrógrados; y por esto los negros le acometen en los caminos estrechos y hondos, donde apenas puede volverse, y le cortan la cola, que para ellos es de tanto valor como todo el cuerpo del animal: les cuesta mucho trabajo bajar las cuestas muy pendientes, y se ve obligado á doblar las piernas traseras para que al bajar, el cuerpo delantero guarde el nivel con las ancas, y no le precipite el peso de su propia mole. Asimismo nada muy bien, aunque la forma de sus piernas y pies parece que indica lo contrario; pero como la capacidad del pecho, y del vientre es muy grande, y el volumen de los pulmones, y de los intestinos enorme, y todas estas partes están llenas de aire ó de materias mas leves que el agua, se hunde menos que otro cualquiera, y por consiguiente, tiene menos resistencia que vencer, y puede nadar con mas ligereza, haciendo menos esfuerzo, y menos movimiento de piernas, que los demás animales. Por esta razon se sirven de ellos con gran utilidad para pasar los rios: ademas de dos cañones de dos ó tres libras de calibre con que los cargan en estas ocasiones, les echan tambien una infinidad

de equipages, independientemente de las muchas personas que van asidas á sus orejas y cola para pasar el agua: cuando está así cargado, nada entre dos aguas, y no se le ve mas que la trompa, que lleva levantada para respirar.

Aunque el elefante no se alimenta ordinariamente mas que de yerbas y de ramas tiernas, y necesita de un volumen extraordinario de esta especie de alimento para poder sacar de ella la cantidad de moléculas orgánicas necesaria para la nutricion de un cuerpo tan vasto; sin embargo, no tiene muchos estómagos, como la mayor parte de los animales que se nutren del mismo modo, sino un estómago solo, no rumia, y su conformacion mas bien es como la del caballo, que como la del buey, ó de los otros animales ruminantes: la panza que le falta, está suplida por la dilatacion, y la estension de los intestinos, y sobre todo del colon, que tiene dos ó tres pies de diámetro con 45 ó 20 de longitud: el estómago es, en todo, mucho mas pequeño que el colon, no teniendo mas que tres pies y medio, ó cuatro de longitud, y un pie ó pie medio en su mayor anchura. Para llenar tan grandes capacidades, es preciso que el animal coma, para decirlo así, continuamente, mayormente cuando no tiene alimento mas sustancioso que la yerba: así es que los elefantes salvages están casi siempre ocupados en arrancar yerbas, en coger hojas, ó en desgajar ramas tiernas; y los domésticos, á los cuales se dá una gran cantidad de arroz, no por eso dejan de coger yerbas, cuando las encuentran á mano. Por grande que sea el apetito del elefante, come con moderacion, siendo su amor al aseo superior á la sensacion de su apetito: su destreza en separar con su trompa las buenas hojas de las malas, y el cuidado que tiene de sacudirlas bien, para que no las queden insectos ni arena, son cosas dignas de verse: gusta mucho del vino, y de los licores espi-

rituosos, del aguardiente, del arac, etc. Se le hace ejecutar los trabajos mas penosos, y las empresas mas fuertes, mostrándole un vaso de estos licores, y prometiéndosele por premio de su trabajo: parece que gusta tambien del humo del tabaco; pero le aturde, y embriaga: teme todos los malos olores, y tiene tanto horror al puerco que solo el grito de este animal le estremece y hace huir.

Para acabar de dar una idea de la índole, y de la inteligencia de este singular animal, creemos deber insertar aquí las notas que nos ha comunicado el señor marqués de Montmirail, quien no solamente ha tenido la bondad de pedir las y recogerlas, sino que tambien se ha tomado el trabajo de traducir del italiano y del alemán, todo lo concerniente á la historia de los animales, de algunos libros, que me eran desconocidos: su gusto á las artes y ciencias, y su celo por el adelantamiento de ellas, se fundan en un discernimiento exquisito, y en conocimientos muy vastos en todas las partes de la historia natural; publicaremos, pues, con tanto gusto como agradecimiento, los favores con que nos honra, y las luces que le debemos; y en la serie de esta obra se verá cuantas ocasiones tenemos de repetir su nombre. «Se usa del elefante para trasportar la artillería á lo alto de las montañas, y en esto es en lo que se echa mas bien de ver su inteligencia. Hé aquí como lo ejecuta: al mismo tiempo que los bueyes, uncidos á la pieza de artillería, hacen esfuerzos para subirla á lo alto, el elefante empuja la culata con su frente, y á cada esfuerzo que hace, sostiene la cureña con su rodilla, que arrima á la rueda. Parece que comprende lo que le dicen. Cuando su conductor quiere hacerle ejecutar algun trabajo penoso, le esplica el objeto de que se trata, y le espone las razones, que deben obligarle á obedecer. Si el elefante muestra alguna repugnancia á lo que